

El Patriota de Dios

Ian West



El gobierno no es razón; tampoco es elocuencia; es fuerza. Opera como el fuego; es un sirviente peligroso y un amo temible; en ningún momento se debe permitir que manos irresponsables lo controlen.

—George Washington

No hagáis el mal y no existirá.

—León Tolstói

Prólogo

Roma, 15 de marzo de 1956
Plaza de San Pedro. Ciudad del Vaticano.

Los jóvenes subieron la escalinata de la Basílica, se apoyaron en las vetustas columnas y respiraron el frescor de la mañana romana. Se habían vestido más formalmente que de costumbre. Tenían audiencia con el papa y, aunque la mayoría no eran católicos, intuían que eso era una experiencia única.

El profesor los llamó. El grupo de estudiantes caminó hasta la puerta de acceso y el viejo Joe Perry percibió enseguida la ausencia de uno de sus alumnos.

—¿Dónde está Liam?

El joven irlandés, con su cara redonda y su piel casi transparente era uno de los pocos católicos del grupo. Todos rondaban los quince años y ese era su primer viaje a Europa.

—No sabemos dónde está Liam —contestó uno de los mayores.

El viejo Joe Perry intentó surcar con su cansada vista la inmensa plaza, pero las tres o cuatro figuras que caminaban por ella no se parecían a la de su rechoncho pupilo.

—No podemos entrar sin él —comentó la única chica del grupo.

—¿Por qué hay que perder la oportunidad por esa bola de sebo blanco? —dijo uno de los chicos.

El silencio cortante dejó paso a las miradas cruzadas del pequeño grupo. Joe se encogió de hombros y decidió continuar con la audiencia programada. Seguramente el crío se habría entretenido en una heladería cercana y al no verlos regresaría al hotel. Aquella era una oportunidad única y no podían dejarla escapar.

Recorrer Europa con los hijos de algunas de las familias más poderosas de los Estados Unidos era un verdadero engorro. Aquellos niños mimados eran capaces de sacar de sus casillas al santo Job.

El anciano se dirigió con el resto del grupo hasta la entrada. Los guardias suizos brillaban con sus armaduras frente a la puerta abierta. Cuando el grupo enseñó las invitaciones del Santo Padre, uno de los soldados quitó el cordón rojo de la entrada.

Entonces, un grito agudo, que recorrió los soportales y lo invadió todo, advirtió a Joe de que algo iba mal. Se volvió y observó a un grupo de turistas que se arremolinaban a unos doscientos metros de ellos. Caminó con paso firme y con el corazón en un puño hasta la multitud. Se abrió camino a empujones y pasó al pequeño semicírculo que habían formado los curiosos. En el suelo yacía el cuerpo regordete de su alumno. Sus ojos abiertos y verdes lo miraban pidiendo ayuda.

—¡Liam! —gritó el viejo Joe agachándose. Levantó su cuerpo muerto y la cabeza se venció hacia atrás. La garganta abierta en canal rezumaba una sangre espesa y viscosa. Pero no era la única herida. Decenas de peque-

ñas cuchilladas cubrían por completo el cuerpo del joven.

Los estudiantes se acercaron y casi con indiferencia miraron la patética escena que tanto les recordaba a *La Piedad* de Miguel Ángel que acababan de ver en la Basílica, pero Liam no podía pasar por el delgado y casi perfecto Jesús de Miguel Ángel y el viejo de Joe, a pesar de las lágrimas, no parecía la *Pietat*, la hermosa virgen de mármol.

Washington, 21 de octubre de 2012

18.00. Edificio del Capitolio.

Discurso del Estado de la Unión.

Dan Preston miró con sus ojos hundidos en los prominentes pómulos a los congresistas y sintió un pequeño escalofrío. Era uno de los miembros eméritos de esa casa. Había sido elegido congresista por Virginia. Acababa de subir al estrado para comenzar la primera intervención como líder de la mayoría demócrata. En los últimos años notaba como su exceso de peso empezaba a causarle serios problemas de salud. Comenzó a sudar e intentó coger el vaso de agua del estrado, pero en el último momento le falló el pulso y el agua se vertió sobre sus apuntes. Preston retrocedió sobresaltado y el vaso se hizo añicos contra los escalones.

—Lo lamento —dijo dándose la vuelta en el estrado.

Un ujier recogió los restos del vaso y lo sustituyó por uno nuevo.

La tensión de la última legislatura podía mascarse en el ambiente. La oposición se mostraba más dura a medida que las elecciones se aproximaban y las encuestas no vaticinaban buenos resultados para el actual presidente

de los Estados Unidos. La crisis económica, el desorbitado precio del petróleo, la posguerra en Siria y la dura experiencia del primer mandato de un presidente negro habían terminado por convertir el Capitolio en una jaula de grillos.

—Creo que los excesos de la comida oficial me han jugado una mala pasada —comentó el congresista jocosamente y, por primera vez, el auditorio se relajó soltando una carcajada.

—Continúe, señoría —contestó con voz seca la presidenta de la Cámara de Representantes.

Preston se aclaró la voz e intentó leer sus emborronados papeles. Al principio pensó que las letras tenían la tinta corrida, pero enseguida se dio cuenta de que era su vista la que no veía con nitidez. Se ajustó las gafas e hizo un esfuerzo por concentrarse. A aquella hora de la tarde, millones de espectadores estaban atentos a la sesión del Capitolio. El terrorismo había vuelto a sacudir el país unos meses antes y algunos consideraban que la situación era crítica. Un arma bacteriológica había arrasado el metro de Chicago aquel verano, provocando la muerte de cinco mil personas y el pánico en toda la Unión.

—¿Se encuentra bien, señoría? —preguntó la presidenta de la Cámara mientras se inclinaba hacia delante y tapaba con la mano el micrófono.

—Sí, señora presidenta —dijo casi sin aliento el congresista. Comenzó a sudar abundantemente y sacó un pañuelo blanco con sus iniciales de uno de los bolsillos de la chaqueta.

El hemiciclo estaba en silencio. Un silencio molesto e inquietante. Dan Preston intuyó que algo marchaba mal. Se sentía mareado y pensó que si no bajaba del estrado perdería el conocimiento.

Hizo un nuevo esfuerzo por leer, pero un sudor frío le perlaba la frente amplia y calva; se pasó de nuevo el pañuelo, pero cuando lo dobló para guardarlo en el bolsillo, observó horrorizado como la tela blanca estaba completamente cubierta de sangre.

Los congresistas comenzaron a gritar horrorizados. Una nube de flases cegó la vista de Preston, que levantó los brazos para protegerse los ojos. Su sangre comenzó a cubrir el estrado y recorrió sus manos hasta alcanzar las mangas de su camisa. La camisa, blanca, estaba ahora roja y su cara redonda y sanguinolenta no podía disimular el horror del que sabe que está a punto de morir.

Varios ujieres corrieron hacia él y lo cogieron en volandas justo antes de que cayera desplomado. Un par de congresistas médicos bajaron las escaleras y se acercaron al cuerpo del moribundo, pero la mayoría de sus compañeros corrieron aterrorizados hacia la salida. Los ujieres lo tumbaron en la mesa de los secretarios e intentaron reanimarlo. Todo intento fue inútil.

La portavoz suspendió la sesión y ordenó que desalojaran la sala de inmediato, en medio de los gritos y las carreras de los congresistas: a muchos se les pasó por la cabeza algún atentado con ántrax u otra mortífera arma química, el miedo de la masacre de Chicago todavía mantenía a la nación en alerta roja.

El alboroto dejó lugar a un silencio sepulcral. La consejera de Seguridad Nacional, Elisa Reverte, y su colega médico, el republicano John Prince, intentaron reanimar el cuerpo mientras el grupo de médicos y enfermeras del Capitolio corría desde la pequeña consulta al otro lado del pasillo con un equipo básico de reanimación.

—No hay nada que hacer, Elisa. Ha muerto —dijo John Prince.

La consejera observó sus manos ensangrentadas y después miró a su colega con los ojos acuosos, intentando retener el llanto, pero en el último minuto se abrazó a su él y comenzó a llorar en su hombro.

—No entiendo qué ha pasado. Es horroroso, no sé adónde vamos a llegar —dijo Prince.

—Pero, ¿qué ha podido matarle? —preguntó la consejera mientras el equipo médico se hacía cargo del cuerpo, lo cargaba en su camilla y lo sacaba a toda prisa por una de las puertas laterales.

—¿No lo entiendes? —dijo el congresista.

—No —afirmó la mujer.

—Van a volver a hacerlo —contestó enigmático el congresista.

—¿El qué?

—Un atentado para cambiar el curso de las elecciones —apostilló el congresista.

—Pero, ¿quién puede intentar hacer algo así? —dijo la consejera.

—Elisa, está claro. Los terroristas han atacado el corazón mismo del Estado. Esta vez no han atentado contra simples civiles. Y lo han hecho delante de millones de personas —dijo el congresista señalando a las cámaras abandonadas precipitadamente.

La consejera levantó la vista y observó la sala vacía, las sillas revueltas y algunos maletines y abrigos que se habían caído por los pasillos en la huida de los congresistas. Entonces sintió un escalofrío y volvió a abrazarse a su compañero.

Washington, 21 de octubre de 2012

18.00. Redacción de la CNN.

La exitosa presentadora de origen cubano Ana Gómez intentó mantener la compostura mientras a sus espaldas las imágenes del Capitolio conmovían a toda la nación. Llevaba diez años de cadena en cadena de televisión local y estatal, pero ahora era una estrella a nivel nacional. Notó como el sudor corría por su espalda y la boca reseca por los nervios, pero mantuvo la sonrisa mientras describía la muerte del congresista por Virginia.

Su salto a la fama había llegado tras los atentados del metropolitano de Chicago. Un verdadero golpe de suerte. Estaba cubriendo como reportera de la CSH una protesta de los taxistas de la ciudad, cuando vio la estampida producida en el metropolitano. Ni corta ni perezosa entró en aquel infierno de muerte. Rodó junto a su cámara los centenares de cuerpos tendidos, los rostros desfigurados por los efectos del extraño producto arrojado en el sistema de ventilación de cincuenta trenes. Ana no sintió nada entonces, tampoco ahora. Su nerviosismo se centraba en una única y terrible idea, el fracaso.

—Al parecer el congresista por Virginia, Dan Preston, comenzó a sentirse mal desde el principio de su intervención y, por una razón que aún se desconoce, se desmoronó sobre el estrado cubierto de sangre. Algunos analistas han hablado de un nuevo ataque terrorista, esta vez en el corazón mismo de la nación. El edificio más seguro del país ha sido atacado por los enemigos de la democracia.

Ana respiró hondo y su compañero siguió con los detalles sobre la vida del congresista. Unos minutos más tarde, la presentadora se levantó de la silla y con pasos cortos se alejó de las cámaras. Su asistente le alargó un café y lo bebió a sorbos mientras caminaba hacia el camerino.

Aquella no era la primera muerte que se producía en el Capitolio en los últimos meses. Un amigo que trabajaba en el edificio le había hablado de dos muertes en extrañas circunstancias que habían sido catalogadas como desgraciados accidentes. La presentadora sabía que las casualidades no existían en política. Algo estaba ocurriendo en el Capitolio y ella se encargaría de averiguar qué era.

Washington, 21 de octubre de 2012

19.30. Cuartel general del USCP.¹

Las oficinas del USCP se encontraban repartidas por varios edificios rodeados de una vetusta valla de piedra, rematada en alambres electrificados y cámaras de seguridad, cercanas a la avenida de la Independencia. A apenas doce o a trece kilómetros se encontraban las residencias oficiales del presidente, el Capitolio y el Pentágono. Demostrando una vez más la poca inteligencia de la CIA y el Gobierno federal, tres de los puntos claves del Estado se hallaban en un área de menos de cuarenta kilómetros cuadrados.

Alexandra Kolbe subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a la tercera planta. Después de llevar más de diez años trabajando para el USCP, aquello era lo más parecido a un hogar que conocía. Menos un breve parén-

¹ El USCP es el cuerpo de policía del Capitolio, denominado *The Union State Capitol Police*, que se encarga de la seguridad del edificio principal, los congresistas y senadores y otros edificios secundarios. Su página web es <http://www.uscapitolpolice.gov>

tesis y una baja de seis meses por depresión postraumática, su expediente era intachable. Había entrado en el USCP justo antes de que los escándalos de la era Bush, las famosas escuchas telefónicas a personajes relevantes y la huida de algunos miembros del USCP al extranjero ensuciaran de nuevo el nombre del hasta ese momento intachable Departamento de Policía del Capitolio. Para la CIA tampoco marchaban muy bien las cosas. El fracaso en la detección del atentado terrorista en Chicago había terminado con la poca reputación que le quedaba. El FBI y la CIA habían aprovechado el momento para reforzar sus propios cuerpos especiales y reivindicar que el USCP se convirtiera en una simple policía de vigilancia.

Alexandra llegó a la puerta del despacho de su jefe y pasó sin llamar. El general George Madison estaba de espaldas, mirando unos peces de colores mientras les echaba de comer. Su aspecto bonachón de hombre negro de mediana edad podía engañar al principio, pero Alexandra sabía que el director del USCP era el mayor hijo de puta de todo el distrito de Columbia.

—Jefe, buenas tardes —dijo Alexandra en un tono jocoso. Sabía que al general le quedaban resabios militares y que no le hacía gracia el tono burlón de su subordinada.

—¿Buenas tardes? ¿Es que no ha leído hoy el *Post*? —contestó el general dándose la vuelta y apuntando a la agente con su gran barriga.

—La prensa en este país es pura ciencia ficción. Desde la II Guerra de Irak no se ha publicado ni una sola noticia sin que los tentáculos del DHS² la manipularan.

—Déjese de patochadas. Hablo en serio, estamos frente a una nueva crisis terrorista. Aunque la diferencia esta vez es que la tenemos en el patio de casa. El honor del USCP está

en cuestión. El DHS ha intentado absorbernos y eliminar-nos, pero hasta ahora hemos logrado campear el temporal. Hasta ahora, pero las cosas no pintan bien. Para ser más exactos, estamos en protocolo de Alerta Roja. Esta crisis puede ser el final del USCP. —El bigote del general se movió rápidamente remarcando cada palabra.

—Es martes. Ayer estuve vigilando a ese maldito funcionario hasta las tres de la mañana. Al parecer sus contactos con el Gobierno boliviano son ciertos. Es el enlace entre las empresas de armas y el Departamento de Defensa de Bolivia. Les están vendiendo armas delante de nuestras narices.

—No me interesa su investigación. Hay que resolver el asunto del Capitolio. Tiene una nueva misión de prioridad uno.

—¿Prioridad uno? —dijo la agente sentándose frente al general. Sus ojos verdes intentaron escrutar el rostro redondo y serio de su superior, pero no logró atisbar la más mínima expresión. Lo único que le gustaba de su jefe era que siempre la había tratado igual que a un hombre. Alexandra podía haberse dedicado a la moda, al cine o a cualquier profesión que implicara una imagen perfecta, pero desde pequeña había soñado con dedicarse a la política, y cuando esta la decepcionó, quiso ingresar en el

² El Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (*United States Department of Homeland Security*), abreviado como DHS y comúnmente llamado Seguridad Nacional (*Homeland Security*), es un ministerio del Gobierno de los Estados Unidos con la responsabilidad de proteger el territorio estadounidense de ataques terroristas y responder a desastres naturales. El departamento se creó a partir de veintidós agencias federales ya existentes en respuesta a los atentados del 11 de septiembre de 2001 y desde entonces ha mantenido un control férreo sobre cualquier tipo de amenaza nacional. Incluida la libertad de prensa.

FBI. Pero no lo había conseguido, así que el USCP era una buena alternativa, para una chica polaca y pobre.

—Si no lo sabe se lo cuento yo. Un congresista, para ser más exactos el líder de la mayoría demócrata, Dan Preston, murió ayer por la tarde en el estrado del Capitolio, frente a todas sus señorías y varios millones de televidentes.

—¿Dan? —preguntó Alexandra extrañada. Sus manos nerviosas comenzaron a tamborilear en la mesa. Recordó a Dan y a su mujer Teresa y los días que pasaron juntos en San Diego, cuando ella todavía no había abandonado la política.

—¿En qué piensa? ¿Me escucha, agente Kolbe?

—En nada, señor. Por favor, continúe.

El general disfrutó al ver el aire confundido de su subordinada. Su aspecto arrogante, su pinta de modelo de alta costura, sus vestidos caros y su pelo siempre perfecto, le ponían enfermo. Alexandra era todo lo contrario de lo que se esperaba de un miembro de los servicios secretos.

—¿Conocía al difunto? —preguntó el general.

—No. Bueno sí, de vista —mintió Alexandra.

—¿De vista? Por favor, sea más explícita.

—Ya sabe que hace quince años estuve metida en política, justo en el año 1998.

—Sé su expediente de memoria, señorita Kolbe. Cuando todo comenzó a oler a podrido, usted abandonó el barco. ¿No es eso lo que hacen las ratas? —dijo el general incisivamente.

—Yo entré el mismo año que Mónica Lewinsky, éramos las dos únicas becarias de origen polaco en la Casa Blanca. El bueno de Bill cayó en la trampa de Mónica, ella era una mitómana. Hubiera hecho cualquier cosa por hacerse famosa. Después de eso dejé la política. No creo que eso sea

huir del barco, jefe —contestó Alexandra inclinada hacia delante y con el ceño fruncido.

—Bueno, será mejor que nos centremos en el tema. Aquí tiene un informe detallado del laboratorio, todos los datos que hemos podido sacar del extinto congresista. También incluye otro informe sobre posibles comandos terroristas y células islámicas que operan en Washington y en el resto de la Unión.

—¿Comandos de quién? —preguntó Alexandra.

—De Al-Qaeda, ¿de quién va a ser? —refunfuñó el general.

—No sé, algún iluminado, como el líder de La Verdad Suprema que atentó en el metro de Tokio, por ejemplo.

El general frunció el ceño. Nunca sabía cuándo su subordinada hablaba en broma o hablaba en serio.

—Le informo que en este caso tendrá un ayudante.

—Yo trabajo sola, jefe —dijo Alexandra cruzándose de brazos.

—Usted trabaja como yo le diga y punto —ordenó el general.

—¿Y quién es el fichaje?

—Un nuevo agente, doctorado en psicología y con el mejor expediente de la universidad de Georgetown.

—¿Un novato neoconservador? ¿Qué pasa? ¿Que una vez más quieren crear una investigación fantasma de esas que no llegan a ninguna parte? —dijo Alexandra indignada.

—¡No sea impertinente!

—¡No soy impertinente! Si quieren una investigación *light* de cara a la galería, no cuenten conmigo —dijo Alexandra arrojando el informe encima de la mesa.

—Mire, Alexandra. He tenido mucha paciencia hasta ahora con usted, pero todo tiene un límite. El señor

Salazar será su compañero. La oposición cree que se trata de un atentado, pero hay informes policiales que avalan que todo se trata de un asesinato en serie.

—¿Un asesinato en el Capitolio?—preguntó Alexandra con los ojos como platos.

—Justo eso es lo que creemos. Alguien está matando congresistas en el Capitolio. Pero le pido que actúe con la mayor discreción. Esto no puede hacerse público. ¿Quién se sentiría seguro si en uno de los edificios más protegidos del país un loco campa a sus anchas?—dijo el general en un tono más bajo. Se acercó a la puerta y la cerró. Alexandra comprendió que hablaba en serio. La puerta del despacho del general no se cerraba nunca, pero todo el mundo sabía que en la Agencia había funcionarios a sueldo de algunos grupos mediáticos y que la información se filtraba rápidamente a la prensa.

—¿Por qué cree la policía que se trata de un asesinato?

—Hace poco murió otro congresista. Lo recordará. Era también el líder de la minoría republicana, Edward Red.

—Pero creía que había fallecido de muerte natural. Leí en los periódicos que le había dado un ataque cardíaco en su despacho. Al parecer acababa de comparecer ante una comisión. Se quedó sólo unos minutos, se sentía fatigado. Si no recuerdo mal era el día anterior a las vacaciones de verano.

—Se le realizó la autopsia. Se encontraron restos de *coniína*.

—¿Cicuta?³ ¿Lo mataron con el veneno más viejo de la historia?—dijo con sorpresa Alexandra.

—Sí, ya sabe cómo actúa la cicuta en el cuerpo. Parálisis progresiva del organismo hasta que el corazón deja de latir. Un veneno muy burdo, pero efectivo. Da la sensación de que al asesino no le importaba que lo descubriesen—señaló el general—. Todo el mundo sabe

que se hacen autopsias a cada miembro del Congreso que muere, aunque sea en un accidente.

—La cicuta se detecta en un análisis simple de sangre.

—Lo que nos ha sorprendido es que no existía relación entre las dos víctimas. Enemigos políticos de partidos distintos, distinto estado, edad, forma de asesinar. Estamos a ciegas, Alexandra.

—Por eso me mandan con un psicólogo, quieren comprobar que el psicópata se encuentra entre nuestros congresistas. Pues va a ser una tarea difícil. Con los tiempos que corren, todos los congresistas y senadores parecen estar locos. Cualquiera podría ser un peligroso asesino en serie. Por no hablar de que hay cuatrocientos treinta y cinco congresistas, cuatro delegados y un comisionado residente. Además de cien senadores.

³ La cicuta es una planta que contiene una toxina cuyo efecto es semejante al *curare*. En el ser humano, la ingestión provoca en la hora que sigue trastornos digestivos (especialmente cuando se utiliza la raíz), vértigos y cefaleas, parestesias, descenso de la temperatura corporal, reducción de la fuerza muscular y, finalmente, una parálisis ascendente. La muerte puede sobrevenir bien por que las convulsiones y la destrucción muscular produzcan una insuficiencia renal, o bien por las alteraciones que produce en la respiración (acelerándola al principio y deprimiéndola luego), que llevarían a una muerte por asfixia.

Damasco, Siria, 21 de octubre de 2012
07.00. Aeropuerto internacional de Damasco.

Nizar Haidar abrazó a su esposa y sus tres hijos antes de entrar en la zona de embarque. Llevaba toda la vida trabajando como funcionario del Gobierno, incluso cuando los americanos invadieron Siria y echaron del poder al Partido Baaz. Pero en su país no cometieron los mismos errores que en Irak. Habían conservado la administración, mimaban a la clase media siria y el país había conseguido cierta normalidad en apenas dos años, aunque el terrorismo fundamentalista sacudía de vez en cuando la frágil democracia Siria.

Nizar avanzó por el túnel hasta el avión y notó como sus piernas apenas le respondían. Delante de su familia había logrado controlarse, pero ahora una profunda angustia le atenazaba las tripas y le golpeaba con toda su fuerza.

Una semana antes de su viaje, un par de individuos de aspecto saudí habían entrado en su despacho del Ministerio de Seguridad Nacional. Uno de ellos había dejado encima de la mesa varias fotografías de él y su familia. Nizar sabía lo que eso significaba. Su pasado como mili-

tante de los Hermanos del Islam volvía a él en el momento menos esperado. Aquella aventura de juventud se había convertido en una pesadilla que ahora prefería olvidar. Combatir de joven contra el Partido Baaz, un partido pro comunista y laico, le había parecido la única forma digna de mantener los principios del Corán, pero ahora, con una cómoda posición en el Ministerio, tres hijos y una esposa, su lucha parecía lejana y pueril.

Aquellos dos hombres le habían encomendado una misión suicida. Alguien les había informado de su viaje a los Estados Unidos. Nizar era uno de los encargados de la seguridad del nuevo Parlamento de Siria e iba a recibir preparación del USCP en Washington. Gracias a su posición podría entrar en el Capitolio, y tendría conocimientos de primera mano sobre sus protocolos de actuación y sus puntos débiles. El comando que había actuado en el metropolitano de Chicago estaba listo para actuar de nuevo, pero esta vez lo haría en el alma misma de la demoníaca Norteamérica y él sería su Caballo de Troya.

Washington, 22 de octubre de 2012
07.00. Edificio del Capitolio.

El mármol grisáceo estaba salpicado de unas pintitas rojas secas casi púrpuras. La mujer sacó la mopa pero las gotas en vez de desaparecer se extendieron por todo el suelo.

—Mi hijo, malditos «padres de la patria». Siempre dejan todo como una cuadra —dijo la limpiadora con un fuerte acento dominicano.

Persiguió la mancha con la mopa hasta una de las cabinas. La puerta estaba entornada, la empujó con el palo de la mopa y dio un salto hacia atrás. Comenzó a gritar, hasta que dos policías entraron corriendo en el baño resbalándose con la sangre.

Una mujer yacía sin vida en el suelo.

Washington, 23 de octubre de 2012
7.00. Calle 18, distrito de Columbia, Virginia.

Ana Gómez adoraba vivir en la calle 18. Tenía muy cerca varios parques donde practicar algo de *footing*. El parque James W. Haley era un lugar ideal para pasear a su perro, Patton, o tomar algo de sol, cuando la ciudad no estaba cubierta por la nieve o las lluvias interminables del otoño. A veces se acercaba hasta el Cementerio Nacional de Arlington y paseaba por sus avenidas de árboles y lápidas blancas. Desde hacía más de cien años los héroes de la nación descansaban en esas laderas a orillas del Potomac, en las hermosas tierras del general Lee. Miles de jóvenes dormían en aquel suelo sagrado, como una ofrenda continua a la diosa Libertad. Ana caminaba por los pasillos de losas blancas y leía los nombres esculpidos en letras negras. En muchas tan solo había un simple número y la fecha de una muerte temprana.

Su padre era cubano pero ella se sentía plenamente estadounidense. Desde su pequeño hogar en Florida hasta su espaciosa casa en pleno distrito de Columbia,

en la zona de Virginia, apenas mediaban diez años. A sus treinta años había llegado a lo más alto de su profesión de periodista y en los próximos treinta y cinco años de vida profesional sus planes consistían en coleccionar premios y mucha pasta. Ana había gastado buena parte de sus ahorros en disimular sus rasgos latinos. Su nariz ganchuda era ahora perfecta, sus pómulos habían sido suavizados, su pelo rubio apenas descubría unas raíces morenas y sus lentillas azules le garantizaban un primer plano de cámara espectacular. El último rasgo latino que le quedaba era su apellido, pero hasta ahora la había favorecido. Ser latina también tenía algunas ventajas. En los últimos años las cadenas de televisión preferían los presentadores étnicos. Aseados, con aspecto anglosajón, vestidos como blancos, pero con apellidos exóticos.

Ana terminó de correr y se agachó para recuperar un poco el aliento. Sentía la mezcla dulzona de agotamiento y voluntad que la hacía sentirse superior.

Su mente voló por unos instantes al salón en donde se le otorgó el Premio Moore, que la ciudad de Chicago concedía a los reportajes de gran valor social. La sala iluminada, aquella audiencia distinguida aplaudiéndola a ella, la hija de un exiliado cubano. Cuando entró en su casa, depositó las llaves en el plato del recibidor y conectó el contestador. La voz mecánica del aparato anunció un nuevo mensaje y una voz de hombre sonó tras el pitido estridente.

—No me gusta hablar por estos aparatejos. Tenemos que vernos en un par de horas en el hotel Lincoln, tengo información fresca sobre lo que hablamos. Estaré en el restaurante a las doce en punto. No llegue tarde.

Ana notó como el corazón se le aceleraba de repente. Su confidente estaba a punto de brindarle la noticia del año, tal vez eso la hiciera salir en la portada del *Time*.

Se desnudó mientras se dirigía al cuarto de baño, reguló el agua de la ducha y cuando entró en la bañera el agua tibia comenzó a recorrer su piel morena. Necesitaba relajarse un poco, aquella historia podía ser peligrosa. No era fácil meterse con los peces gordos de Washington y salir ilesa.

El sonido de unos pasos la alarmó. Salió de la ducha empapando el suelo y sin dejar de temblar, rezó antes de ver la figura del hombre en el umbral de la puerta. Empezó a temblar paralizada por el pánico, cerró los ojos en un intento desesperado de hacerse invisible, pero no logró calmar los nervios.

Washington, 23 de octubre de 2012
8.00. Edificio del Capitolio, sala forense.

El cuerpo descansaba sobre una mesa de aluminio brillante y limpia. Los baldosines blancos y relucientes proyectaban una intensa luz por toda la sala. Aquello era lo más parecido a un quirófano que había visto Alexandra en mucho tiempo.

La muerte de su padre unos años antes, tras un largo proceso de cáncer, la había hecho pasar semanas encerrada en un hospital. Tres veces había bajado su padre a quirófano. Ella y su madre le habían seguido hasta la entrada y, gracias a la amistad con uno de los cirujanos, habían podido estar con él en la sala de reanimación, para que lo primero que viera tras despertarse fuera a ellas dos. Unos meses después, la muerte de su marido en un tiroteo terminó de hundirla. Alexandra se pasó semanas de casino en casino gastándose todo lo que tenía: el seguro de vida, sus ahorros, y habría vendido todo para seguir jugando si no le hubieran dado una plaza en un centro. Le diagnosticaron ludopatía. Curiosamente había sido su

marido Bobby el que la había llevado por primera vez a un casino en Las Vegas. El juego se convirtió en una forma de recrear la suerte perdida y evocar a su esposo muerto. Algo así le dijo la loquera del USCP, cuando le dio la baja por depresión.

La agente se acercó a la camilla y la patóloga la saludó con un leve movimiento de cabeza y volvió a concentrarse en el cuerpo de la congresista muerta.

En contra de lo que se había imaginado y de lo que veía en las películas, el cuerpo estaba cubierto casi por completo por una sábana. La parte a la vista era la exigua zona donde trabajaba la patóloga. No había focos intensos ni nada parecido. Los fluorescentes viejos de la sala forense eran la única fuente de luz, pero parecían suficiente para la doctora.

La habían obligado a ponerse una bata blanca, unos guantes de látex, una mascarilla y un gorro de papel. Se sentía ridícula con aquel aspecto. Intentó coger el bolígrafo y apuntar todo lo que la patóloga le dijera, pero enseguida desistió. La forense hablaba a una grabadora que cogía a cada rato de la camilla y todo quedaba grabado y después era pasado por escrito al informe forense final.

—Ya sabe que está aquí a instancia de mis superiores, pero normalmente no se permite la asistencia a las autopsias a personas ajenas a la sala forense —dijo cortante la patóloga. A su lado, su ayudante arqueó una ceja y se puso en la cabecera de la camilla.

—Lo comprendo. Muchas gracias por su colaboración. Está ayudando en una importante investigación. Me imagino que no tiene mucho trabajo aquí —dijo Alexandra intentando ser amable.

—No se imagina la cantidad de gente que muere al año en el Capitolio o en uno de sus edificios anejos. Turistas, limpiadoras, personal de seguridad, congresistas. Tenemos uno de los índices más altos de muerte por ataque cardíaco del distrito de Columbia de Maryland. —La patóloga sonrió y le hizo un gesto a la agente.

—Proceda, por favor.

La patóloga bajó la vista y se centró en el cadáver.

—Veamos, mujer blanca, de unos cuarenta y cinco años, pelo castaño, ojos negros. Según informe: un metro ochenta de estatura, sesenta y cinco kilos de peso. No ha tenido enfermedades graves. Tan solo apendicitis a los diecisiete años y alergia al polen. Nombre: Mary Faletti.

En ese momento la puerta abatible de la amplia sala se abrió y entró un hombre vestido de blanco que corrió hasta la mesa donde estaban realizando la autopsia.

—Disculpen que entre de esta manera, pero hace tan solo media hora que me avisaron de la autopsia. Soy el psicólogo, Martin Salazar —dijo el hombre extendiendo la mano enguantada. Nadie respondió a su saludo y volvió a bajarla.

—Está bien, póngase a un lado y no moleste. Esto está pareciéndose mucho al monumento a Lincoln el día de Martin Luther King —refunfuñó la patóloga.

—Disculpe —dijo Martin poniéndose colorado. Su rostro se ocultaba tras la mascarilla, pero sus ojos negros brillaban con tal intensidad que Alexandra no pudo por menos que contemplarlos con admiración.

El señor Salazar miró de arriba a abajo a Alexandra, pero no cruzó palabra con ella. Aun así, Alexandra notó que él

sonreía debajo de la mascarilla y le dedicaba una prolongada mirada. Después, con un gesto, le señaló la camilla y ambos se concentraron en las palabras de la patóloga.

—No se ven marcas en las piernas. Pero hay marcas en las muñecas, como si algo parecido a una correa de plástico la hubiera maniatado antes de la muerte.

—¿Cómo sabe eso, doctora? —preguntó Alexandra.

—Observe —dijo la patóloga aproximando un bisturí—. ¿No ve la forma de las cuerdas de plástico, una especie de ranuritas? Además, algunos restos de plástico rojo han penetrado en la piel.

Alexandra se aproximó y vio los minúsculos fragmentos. El señor Salazar se inclinó y estuvieron apenas a unos milímetros de distancia. El perfume de la agente embriagó al psicólogo. Levantó la vista y sus ojos se cruzaron otra vez.

—¿Cómo sabe que fue antes de la muerte? —preguntó el psicólogo.

—Por los hematomas. Tras la muerte, el cuerpo no produce hematomas. Sigamos. No hay cortes ni roces en ninguna otra parte del cuerpo. Vayamos a lo más evidente.

El ayudante destapó el rostro del cadáver y Alexandra y el señor Salazar apartaron la vista instintivamente.

—No es agradable, ya se lo dije —comentó la patóloga mientras levantaba unas placas radiológicas—. Es increíble.

—¿Qué es increíble? —preguntó Alexandra.

—El fuerte golpe en la cabeza, el hundimiento del cráneo, no la mató.

—¿No? —preguntó el señor Salazar.

—No. El rígor mortis era manifiesto.

—¿Qué quiere decir con manifiesto? —preguntó Alexandra.

—El asesino la mató. Pero volvió entre tres y seis horas más tarde y le destrozó la cara con algún elemento pesado. El rígor mortis era casi completo.

—¿Podemos saber con qué lo hizo? —dijo Alexandra asombrada.

—Es pronto para determinar el objeto con el que se golpeó a la víctima, pero era pesado, redondo, sin ningún tipo de aristas. Algo parecido a un sujetapapeles.

—Pero, ¿por qué hizo algo así? —dijo Alexandra. Después continuó hablando como si pensara en voz alta—. Mató a su víctima y arriesgándolo todo regresó al lugar del crimen y le estampó un sujetapapeles en la cabeza.

—Un supuesto sujetapapeles —apuntó la patóloga.

—Es un comportamiento psicópata. El asesino pensaba que su víctima no había sufrido suficiente castigo. Por eso la golpeó hasta desfigurarla, muchos psicópatas piensan que la esencia de la persona está en el rostro. Desfigurando el rostro, destruyes a tu víctima —dijo el psicólogo.

—¿Estamos entonces ante un loco? —apuntó Alexandra.

—Un psicópata no es exactamente un loco. En estudios psicológicos más recientes existe una controversia; según algunos especialistas, los individuos psicópatas son personas perversas...

—¿Perversas? Yo creía que los psicóticos eran enfermos —dijo Alexandra.

—No exactamente. Aunque los indicios nosológicos tienden a mostrar a los llamados psicópatas como personalidades psicóticas límite, en la actualidad a los psicópatas no

se les considera como «enfermos» propiamente dichos, sino como personas con una «alteración divergente de la personalidad»...

—¿Como con doble personalidad? —dijo Alexandra.

—No. Sus capacidades cognitivas y de percepción de la realidad permanecen intactas, pero su personalidad está alterada.

—Entiendo.

—Los psicópatas no pueden sentir ni empatía ni culpa. Esa es la razón por la que interactúan con los demás como si se tratasen de meros objetos, instrumentos y medios para conseguir sus objetivos. En el caso de que hagan algo en beneficio de alguien o de alguna causa aparentemente altruista es solo por egoísmo, para aumentar su ego o para su propio beneficio —dijo el psicólogo.

—Bueno, si continúan hablando les pediré que abandonen la sala —dijo la patóloga frunciendo el ceño.

—Continué, por favor —contestó Alexandra.

—La causa de la muerte parece ser una asfixia mecánica, producida por obstáculo mecánico, mejor dicho, por compresión desde el exterior sobre las vías respiratorias involucradas en la constricción del cuello.

—No entiendo nada de lo que ha dicho —comentó el señor Salazar.

—Estrangulamiento —resumió Alexandra.

La patóloga continuó con la descripción del estrangulamiento.

—El estrangulamiento es una asfixia mecánica por constricción a nivel del cuello sin lazo suspensor. Se produjo un cierre total de la laringe, producida por dos manos fuertes, que actuaron al nivel del cuello a la altura de la laringe o tráquea.

—¿Cómo sabe que la estrangularon con las manos?
—preguntó Alexandra.

—Observe —dijo la patóloga señalando el largo cuello de la víctima—. La acción de las manos deja una huella indeleble. El cadáver presenta excoriaciones y equimosis a nivel del cuello a partir de la lesión digital o *ungueal*. No hay surco de un lazo constrictor.

—Entiendo —dijo Alexandra con un gesto de estupefacción. A pesar de haberlo estudiado en sus cursos de preparación criminológica, no recordaba mucho sobre la materia. Ella era experta en asuntos de corrupción política o tráfico de influencias. Crímenes a los que era muy difícil encontrar huella y que suelen terminar con huidas o cárcel, no necesariamente con la muerte.

—No se resistió mucho.

—¿De veras? —dijo el señor Salazar que parecía tan sorprendido como su nueva compañera.

—No hay cianosis. Cuando la víctima se resiste, presenta la cara tumefacta con puntos equimóticos. Cuanto más se defiende la víctima la más grave es la equimosis.

—Es impresionante, doctora.

La patóloga sonrió, satisfecha. Después de todo no era tan malo lucir un poco sus conocimientos ante dos profanos en la materia. Entonces levantó la mirada y lanzó su golpe de efecto más estudiado.

—Puedo aventurar que el asesino era un hombre.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Alexandra.

—Este tipo de estrangulamiento requiere una fuerza equivalente a quince o veinte kilogramos. En este caso se produce el estrangulamiento azul y la cianosis se difunde de la cabeza al cuerpo. Para aplicar esa fuerza tuvo que hacerlo un hombre treinta o cuarenta kilos más pesado

que la víctima. Eso nos dice que el asesino debía pesar entre noventa y cinco y ciento cinco kilos y medir como mínimo un metro noventa, con toda seguridad de complexión fuerte.

—Pero, ¿cómo puede estar tan segura? —dijo Alexandra asombrada. La patóloga no solo le estaba dando las causas de la muerte, le estaba proporcionando una descripción del asesino.

—Si la asfixia hubiera sido por isquemia —la patóloga se paró y miró a sus embelesados espectadores—, más conocida por compresión vascular, el lazo o mano hubiera actuado a nivel del cuello generando la isquemia cerebral y fenómenos de estasis. Por lo que la fuerza necesaria para ocluir o presionar la faringe sería de unos cinco kilogramos. Además la cara estaría blanca por la palidez producida por la compresión y no amoratada como la de la víctima. La asfixia por inhibición o choque laríngeo de Claude-Bernard-Lacassagne también está descartado, ya que la muerte se produce por un paro cardiorrespiratorio, habiendo realizado presiones mínimas en puntos clave. El rostro también palidece en ese tipo de casos.

—¿El tiempo de la muerte o la agonía fueron largos? —preguntó el señor Salazar.

—Me temo que sí. Los estrangulamientos blancos son producidos por muertes rápidas; el de inhibición, que no es el caso de la difunta, produce rápida inconsciencia así como también el de isquemia, por lo que se puede sospechar poca lucha durante el acto de la muerte. Pero la víctima, a pesar de no luchar, sufrió una muerte lenta, muy lenta. Puede que hubiera algún tipo de rito sexual.

—¿Un rito sexual? —preguntó Alexandra.

—Hay gente que llega al éxtasis sexual estrangulándose sin llegar a matarse.

—Entonces pudo tratarse de un accidente —dijo Alexandra.

—Si fue un accidente, ¿por qué volvió el asesino y le destrozó la cara? Además la víctima estaba maniatada —respondió el psicólogo.

La patóloga pidió a su ayudante otro instrumento y siguió con su explicación.

—El mecanismo de asfixia requiere veinte minutos de promedio para producir la muerte, ya que difícilmente se puede obstruir con las manos la vía respiratoria de forma completa. Las manos del asesino suelen acalambrarse y por ello debe cambiar de posición o reemplazar las manos. Estrangular a alguien con las manos requiere una fuerza física considerable. El resto de síntomas son los típicos: en la lengua hay congestión y edema; en la laringe y la tráquea también. Como observarán en la dermis, hay lesiones sanguíneas que avanzan sobre el tejido celular, músculos, laringe, tráquea y tejidos adyacentes. Todo esto puede variar de acuerdo a la presión ejercida. En este caso hay muchos daños. También hay fractura del hueso hioides, del asta del hioides y de la apófisis tiroideas. Lesión vascular de la carótida a la altura de la bifurcación —dijo la doctora. Después apagó la grabadora y miró a sus dos asombrados espectadores.

—Estoy impresionado, señora patóloga.

El ayudante limpió el instrumental y salió de la sala poco después. La doctora se secó el sudor de la frente con la manga de la bata. Se aseguró de que el ayudante se había marchado y les susurró:

—Hay algo más.

—¿Algo más? —preguntó intrigada Alexandra.

—Algo que apareció en la autopsia de Preston, pero a lo que no di importancia. Pensé que se trataba de un microtatuaje.

—¿Una marca?

—Algo parecido. En las dos víctimas hay un pequeño tatuaje en la nalga izquierda.

—¿De qué se trata?

—Unas letras en forma de círculo. Me costó verlas con claridad, pero no hay duda de que están escritas en latín.

—¿Latín? —preguntó la señorita Salazar.

—Las letras decían: *Alea iacta est*.

—¿Qué significa? —preguntó Alexandra.

—¿No lo sabe, agente? —dijo sorprendida la patóloga.

—Todo el mundo sabe que la frase quiere decir «La suerte está echada.» —dijo el señor Salazar. Alexandra le miró fijamente y volvió a dirigirse a la doctora.

—¿«La suerte está echada»?

La agente miró intrigada a la doctora y esta le dijo:

—Sí, la frase que pronunció Julio César al cruzar el Rubicón.